

## Catálogo de una colección modesta

### *Las colecciones de arte en la Universidad de los Andes*

VARIOS AUTORES

Universidad de los Andes, Bogotá, 2019, 248 pp.

LA PUBLICACIÓN presenta las colecciones de arte de la Universidad de los Andes, acompañadas por textos de estudiantes y profesores de la institución. Está organizada de manera cronológica y busca sobre todo destacar el carácter didáctico de las mismas. Como advierte Patricia Zalamea, la variada calidad de la colección en su conjunto tiene valor como fuente de estudio. Pero al repararla en este catálogo parece quedar en claro que esta modesta colección, con algunas obras destacadas, no logra configurar un museo universitario en propiedad, y probablemente no sobresale de manera singular entre las colecciones públicas colombianas.

Si bien los prehispánicos no hicieron “arte” en el sentido moderno del término, sino piezas con atributos funcionales y simbólicos, aquí se insiste en hablar de “arte prehispánico”, ejemplo del empleo no muy riguroso de la noción de arte en una publicación académica. Como advierten los autores al comienzo de esta sección, las colecciones incluyen “fragmentos y muestras de cerámica, piedra, hueso, materiales orgánicos y sedimentos recuperados en excavaciones controladas, así como dos pequeñas colecciones de piezas cuyo contexto de procedencia es incierto”. Entre ellas se destaca el legado del santandereano Luis Raúl Rodríguez Lamus (1931-1985), quien hizo estudios de posgrado en el Museo del Hombre en París. En la colección resultan muy interesantes los instrumentos musicales en cerámica, procedentes del Pacífico y el altiplano cundiboyacense.

La pintura colonial, conservada en la Sala del Consejo de la Rectoría de la universidad, está conformada por siete óleos y un gobelino del siglo XVIII, alusivo al juicio del rey Salomón, que según los autores es una de las piezas más enigmáticas de la colección, tanto por su procedencia como por su autoría; esta revela bien el lujo decorativo que algunos pudieron permitirse en

Santafé. Seis de las pinturas de este período están en comodato. Se destacan *Santa Catalina de Alejandría*, un óleo de grandes dimensiones atribuido a Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, basado en un grabado, como era frecuente en la pintura colonial hispanoamericana. Atribuido a Baltasar Vargas de Figueroa, *Aparición de santo Domingo de Guzmán a santa Teresa* (siglo XVII) muestra un episodio místico cuya iconografía fue ideada por Collaert y Galle, ejecutado con fuertes claroscuros, acaso destinados a enfatizar la santidad expresada en los rostros impávidos y los gestos de las manos. Dos cuadros al parecer de Joaquín Gutiérrez presentan expresiones criollas más acendradas: *Bautismo de san Juan de Dios* y *Episodio de la vida de san Juan de Dios*; es notorio en ambos el esfuerzo del pintor por crear espacios donde ubicar las figuras. *San Francisco de Asís recibiendo los estigmas*, atribuido con razón a Vásquez de Arce y Ceballos, sobresale por la integración de la figura del santo a un paisaje rocoso con árboles, el cual ocupa toda la mitad derecha de la imagen. Habría sido deseable incluir más detalles fotográficos de esta pintura y esmerarse en lograr fotografías e impresiones de mejor resolución.

La siguiente sección está dedicada a Villa Paulina y sus seis murales que adornan el comedor principal. Se trata de una casa adquirida por la universidad en 1965, en algún momento decorada con imágenes que proceden, al parecer, de postales europeas y norteamericanas. Sin que sobresalgan por su calidad pictórica, estas estampas evocadoras de lugares extranjeros quedan como ejemplo de los gustos decorativos que acompañaron el diario vivir de los habitantes de esta casona bogotana.

La última sección presenta la colección de arte del siglo XX, buena parte de ella originada en donaciones de artistas que, como profesores o alumnos, estuvieron vinculados al antiguo Departamento de Artes, fundado en 1955 y extinto en 1971. Se trata de un puñado de pinturas, esculturas y grabados, acompañados de textos cortos que enfatizan en los aspectos formales de las obras.

*Sin título* (1960), de Augusto Rivera, presenta un carácter experimental al mezclar retratos fotográficos

estampados sobre la tela, con pinceladas gestuales expresivas, tal como lo señala en su texto Lina María Rodríguez. *Paisaje urbano* (1954), de Fernando Botero, pintado en Florencia en 1954, es un ejercicio de geometría y color a partir del entorno de la ciudad italiana donde vivía entonces; esta obra guarda estrecho parentesco con la acuarela *Paisaje de Fiésole* (1954), conservada en el Museo de Antioquia, de la cual se retoma la imagen del campesino arando la tierra.

Fechado en 1966, *Ramón de Zubiría*, de Juan Antonio Roda, es un ejemplo de los retratos ejecutados bajo encargo por el artista, en un lenguaje modernizante caracterizado por la pincelada suelta, las manchas y los toques libres de color. Mucho más personal resulta ser *Tumba de un samurái* (1963), en el que Roda despliega plenamente su interés por el informalismo y el expresionismo abstracto, recursos con los cuales buscó alejarse tanto de Picasso como del lirismo narrativo del que lo acusaron los críticos de la época. Se trata, principalmente, de un combate en el lienzo entre la línea y la mancha, entre los colores fríos y cálidos, todo lo cual parece reflejar un profundo inconformismo interior.

El mismo año en que se graduó, Beatriz González realizó recreaciones de pinturas de la historia del arte, en un empeño por lograr versiones personales de obras clásicas dentro de una búsqueda de su lenguaje pictórico. Tal es el caso de *Fragmento de la rendición de Breda IV* (1962), donde amplía un detalle del cuadro de Velázquez. Ejercicio de composición, color y forma, esta pintura de la prehistoria de la artista no anticipa en absoluto el futuro lenguaje que la caracterizará, el cual se encuentra cabalmente manifiesto en *Salomé presenta la cabeza del Bautista* (1974), cuya composición y soporte inesperado, así como los colores planos, revelan una decidida actitud irreverente frente a la academia y la glorificación de episodios de la historia.

La abstracción geométrica de Fanny Sanín en *Acrílico n.º 3* (1975) conjuga una paleta cálida y neutra con una composición fría y ortogonal, muy característica en su trabajo. *Pintura n.º 4* (1976), de Rosa Sanín, es también abstracta y de colores planos

RESEÑAS		ARTE
<p>contrastantes, pero liberada de la geometría e inclinada a las formas irregulares.</p> <p>De Luis Caballero se encuentran dos obras de los años sesenta: <i>Sin título</i> (1967) y el mural de la misma época, y también sin título, al que se dedicó una publicación especial. Se trata de dos de los muchos estudios de figuras humanas que produjo el artista, en un período de “transición entre la abstracción del cuerpo humano y el naturalismo, muchas veces crudo y teatral”, como escribe Joaquín Castro.</p> <p>La colección cuenta con tres esculturas en metal de Carlos Rojas: <i>Escultura amarilla</i> (1967), <i>Escultura naranja</i> (década de 1970) y <i>Sin título</i> (1972) son muestras de la expansión del lenguaje escultórico que Rojas introdujo en Colombia, basado en la interacción de la forma construida en metal y pintada, y el entorno que la rodea, entrando así a formar parte del paisaje. También a este último se refiere Margarita Lozano en <i>Paisaje tropical con platanales, guaduas y planta amarilla</i> (2007), pero con un énfasis figurativo que su paso por las academias no logró domesticar.</p> <p>Como catálogo, cumple con el objetivo de divulgar un conjunto de obras entre las que se encuentran algunos cuantos ejemplos notables, pero, por contraste, deja entrever múltiples vacíos: la prestigiosa institución bien podría tener una colección más nutrida para enriquecer su labor académica. El recuento que se hace al final, a propósito del arte del siglo xx, no parece hacer cumplida justicia a la labor realizada por el antiguo Departamento de Artes de la universidad, que apenas si se menciona, y cuya historia, tal vez más notable que esta colección, fue detallada en el artículo de Gustavo Bell y otros, incluido en el tercer tomo de la <i>Historia de la Universidad de los Andes. Paisaje humano</i> (2008). Baste reiterar que por allí pasaron, en los años sesenta, profesores de la talla de Juan Antonio Roda, Marta Traba, Armando Villegas, Carlos Rojas, Luciano Jaramillo, Hena Rodríguez, Fernando Botero, Enrique Grau, Augusto Rivera y Santiago Cárdenas, entre otros. Así como alumnos que tendrían un papel destacado en la cultura colombiana, tales como Luis Caballero, Beatriz</p>	<p>González, Gloria Martínez, Camila Loboguerrero, María Teresa Guerrero, Rosa Sanín y Nirma Zárate.</p> <p style="text-align: center;"><b>Santiago Londoño Vélez</b></p>	